

La narrativa de Guadalupe Nettel se despliega a lo largo de los años en un umbral, entre lo normal y lo anormal, y así expone la singularidad de cada cuerpo. El lugar central de lo inesperado, al parecer, acompaña a la autora desde siempre. Nació con una mancha blanca en la cornea del ojo que al principio la marginó, y más adelante, le abrió una manera propia de habitar el mundo, como narra en la autoficción *El cuerpo en que nació*. Podría decirse que en todas sus historias hay algo orgánico; cada elemento de sus relatos tiene vida. Ya sean los sistemas nítidos de los cuentos de *El matrimonio de los peces rojos*, donde los animales proyectan aquello que los personajes son incapaces de entender sobre sus vínculos, o bien, la historia de amor inusual de *Después del invierno*, que le valiera el Premio Herralde de Novela 2014. Toda relación en las frases de Nettel muestra los bordes difusos de lo natural.

Una vez más, su reciente *La hija única* se adentra en el cuerpo y la supuesta normalidad, a través de una historia basada en la experiencia real de una amiga de Nettel, que a los ocho meses de embarazo se entera de que su bebé va a morir luego del parto. Sin melodrama ni condescendencia, habla de maternidades y, aún más revelador, encuentra en el lugar más inesperado otra dimensión de la felicidad.

–¿Cómo lograste que apareciera la felicidad en medio de una experiencia tan dolorosa?

–Me pareció admirable la forma en que mi amiga, en la que está basada la historia, resolvió internamente la situación, es decir, cómo hizo las pases con esa situación. Por eso tenía ganas de escribirla, valía la pena hablar de eso. Sí, llega a ser muy oscura y muy dolorosa, pero entra la luz en diferentes momentos. Siempre me interesó la idea de la búsqueda de la felicidad. Hasta para cómo nos sentamos hay una búsqueda, aunque sea mínima, de bienestar. Pero luego tenemos unas fantasías sobre la felicidad como un pastel gigantesco al final del camino que nos vamos a comer cuando hayamos pasado por todas las inclemencias de la vida. Ya desde *Después del invierno* es un tema que de alguna manera está: si hay un pastel, está regado de migajas que nos vamos encontrando a lo largo del camino y esas son las que hay que disfrutar porque el pastel viene así, en los lugares que menos lo esperamos.

–¿Y de qué modo manejaste la relación entre la escritura y los hechos reales?

–Como sabía que la historia era dura trataba de no exagerar ni subrayar el dolor, pero tampoco evitarlo. Traté de hacer el lenguaje directo, creando este espacio de intimidad que tienen las conversaciones entre mujeres. Venía de entrevistas muy íntimas con mi amiga y quería que ese lenguaje prevaleciera, que no buscara ni tener protagonismo, ni lastimar innecesariamente, sino ser un vehículo de esa honestidad con la que ella me estaba contando todo. Es muy reservada y si había aceptado es porque tenía ganas de darle visibilidad al tema de las familias que al inicio están tan solas y aisladas con un niño con una discapacidad cognitiva o neurológica. Si se volvía público, pues, se mejoraría la situación de estas personas. Yo quería ser muy cuidadosa con lo que me iba contando, no meterle demasiada imaginación. Le di a leer el primer borrador y me dijo: "Inventa, no te preocupes, siéntete libre, si quieres mátanos a todos". Esto me dio mucha más libertad, decidí desarrollar la historia paralela de Doris y Nicolás para que hubiera una especie de descanso, un ir y venir. Y también un espejo. El reto era que la historia inventada tuviera la misma verosimilitud que tenía la historia real. Quería que la parte de Alina y Aurelio fuera tan no ficción como los libros Emmanuel Carrère.



En diálogo con Guadalupe Nettel. *La hija única* es la nueva novela de la escritora mexicana, jurado del Premio Clarín Novela en 2018. Discute la transformación de la maternidad, el cuerpo y la noción de normalidad.

LA TIRANÍA DE LOS LAZOS DE SANGRE

POR VERÓNICA BOIX

–¿Qué te interesaba explorar, en esa trama, acerca de los vínculos?

–Hay un aislamiento y una soledad enorme en la forma en que se practica la maternidad y la crianza en nuestros días, pero no siempre fue así. Antes de la revolución industrial había otras configuraciones más tribales, de clan, de familia extendida. Está ese refrán anglosajón que dice que se necesita todo un pueblo para criar a un niño. Y es verdad. Cada vez nos hemos visto más aisladas en las grandes ciudades y pequeños departamentos y toda la red que habíamos configurado a través de los siglos se perdió.

–¿Y qué pasa con los lazos de sangre?

–Quería denunciar la sacralización de los lazos sanguíneos, esta idea de que la familia solo puede existir cuando compartimos genes o vínculos sanguíneos. No es el caso, se pueden encontrar otras configuraciones, las que mejor nos resulten. Sabemos que dentro de las familias sanguíneas hay mucha violencia y abuso, pero la sangre crea unas murallas simbólicas que nadie se atreve a cruzar. Habría que replantearnos si esto realmente funciona. Yo creo que no.

–En esta historia, al igual que en muchos de tus cuentos, los animales parecen saber más que los personajes.

–Iban entrando cosas que ocurrían alrededor

de mí y se creó un tejido de historias como un nido. En verdad, las palomas aparecieron en mi balcón y estuve observando cómo empollaban. Los seres humanos nos creemos muy superiores a los animales. Por la consciencia o la razón, la facultad de poder hablar, estamos convencidas de que somos los únicos. A veces esta misma razón hace que nos desconectemos de la sabiduría más instintiva, de la fluidez con la que los animales se desenvuelven. T.S. Eliot decía que la vida de los animales y de los seres humanos se podía resumir de la misma manera: nacimiento, copulación y muerte. Pero nosotros les damos unas vueltas interminables a esos eventos y los ani-

COMENTARIO

¿Y si nace una historia?

POR MAURO LIBERTELLA

Si es cierto que uno de los debates que atravesaron globalmente la literatura de los últimos años es el de los límites permeables y cada vez más borrosos entre ficción y realidad, Guadalupe Nettel resuelve el conflicto con una pequeña nota introductoria a su nuevo libro, en la que le dedica *La hija única* a una amiga "quien con gran generosidad me permitió contar los detalles de su historia y a la vez me otorgó la libertad de inventar cuando fuera necesario".

Esa referencia cruda, que rompe la cuarta pared, para decirlo en términos escénicos, ya no volverá a aparecer en el texto, que cobrará finalmente la forma de una novela, incluso de una ficción. Quizás Emmanuel Carrère hubiera incorporado las conversaciones con esa amiga, el proceso de grabación de las charlas, e incluso las dudas del narrador respecto de hasta dónde avanzar, de cuánto es lícito contar la vida del otro.

No es fácil escribir sobre la maternidad. Los temas más cotidianos, los que nos implican a todos, esos que tenemos más cerca, son a veces los más difíciles de abordar, porque el lugar común está ahí nomás, acechando como una sombra terrible; la cursilería y el sentimentalismo desatado también amenazan con arruinarlo todo. Varios libros tocaron el tema en los años recientes: *El bebé* de Marie Darrieussecq, *Maternidad* de Sheila Heti, *Contra los hijos* de Lina

Meruane, *Pequeñas labores* de Rivka Galchen, *A Life's Work* de Rachel Cusk. Todos contienen esa especie de paradoja según la cual la mujer que ahora es madre se mueve entre la felicidad de su nueva vida y la rutina árida e incluso insostenible que implica el día a día de la crianza y los cuidados. Pero en *La hija única*, Nettel lleva ése, el problema fundante de la maternidad, a un punto de mayor radicalidad, cuando narra qué pasa cuando a la amiga de la narradora le dicen que su hija no podrá sobrevivir al nacimiento, pero luego sobrevive.

Tener un hijo es prepararse, cada cual a su modo, para incorporar una vida a la propia, ¿pero cómo se incorpora algo que supuestamente nace muerto o que puede, en cualquier momento, más temprano que tarde, morir? Así, *La hija única* es una novela terrible pero de algún modo reparadora, una indagación psicológica en el dolor. Un cross a la mandíbula, como pedía Roberto Arlt.

En su novela previa, *Después del invierno*, con la que ganó el Premio Herralde, Nettel había hecho pie en un recurso estructural a partir del cual cada capítulo narraba el pensamiento y las acciones de uno de los dos protagonistas; un capítulo para uno, luego el siguiente para el otro. En esta nueva novela también hay varias historias (la del bebé que nace con un problema serio, pero también la de la narradora y su vecino y la historia de la madre de la narradora), pero la estructura es más sofisticada, las piezas se encastran de un modo menos esquemático. Escribir es enhebrar, y Nettel parece haber hecho precisamente eso: recogió las palabras de su amiga, incorporó algunas ideas y percepciones sobre la maternidad pero también sobre el feminismo y las mujeres. Inventó donde había que inventar, y al final del camino encontró una novela.

BÁSICO

GUADALUPE NETTEL

CIUDAD DE MÉXICO, 1973.

Es autora de *El huésped* (finalista del Premio Herralde 2005) y sus posteriores y muy celebradas obras *Pétalos y otras historias incómodas*, *El cuerpo en*

que nació y *Después del invierno* (Premio Herralde de Novela 2014). También ha escrito *El matrimonio de los peces rojos* (Premio Internacional de Narrativa Breve Ribera del Duero). Ha sido traducida a dieciocho lenguas y sus libros han obtenido, además, diversos galardones internacionales, como el Premio Nacional de Narrativa Gilberto Owen, el Antonin Artaud y el Ana Seghers. Obtuvo un doctorado en Ciencias del Lenguaje en la EHESS de París. Dirige la Revista de la Universidad de México

males nos muestran justamente cómo se hace. Hay animales que cambian de sexo varias veces durante su vida, o durante un día. La naturaleza es un espejo de diversidad. Todo cabe en la naturaleza.

-¿Y podría decirse que también todo cabe en la maternidad?

-Eso de la madre perfecta es un mito del que hace falta deshacernos. No existe. Todas somos perfectas y a la vez tenemos defectos humanos, es igual que cualquier vínculo. Lo que pasa es que hay una exigencia muy grande sobre las mujeres, que introyectamos muy pronto desde que jugamos a las muñecas. Y nos las creemos. A lo mejor el niño va a estar mucho más feliz si en vez de tener a su madre infeliz todo el tiempo encima de él, tiene a toda una comunidad o una red de apoyo de otras mujeres en las que confía además de la madre. Lo que deberíamos de buscar no es la perfección de la madre, sino la felicidad de los hijos y de las madres.

-¿En que medida el gran tema de la novela es

questionar lo normal y lo anormal?

-Esta idea de qué es finalmente la normalidad y la anormalidad recorre todos mis libros. Cada vez más durante el siglo XXI se ha ido desmoronando la idea de lo normal versus lo anormal. Siempre me interesó la idea del monstruo como un ser bello y luminoso que desafía las convenciones, que desafía cómo deberían de ser las cosas, y con toda su fragilidad y toda su belleza insólita nos viene a abrir la mente.

-¿Y así se vuelve transformador?

-Al desafiar las convenciones creamos una especie de revolución. Cambian los paradigmas, cambian las ideas de perfección, por eso me encanta la figura del monstruo. Y la figura de Inés es un poco así. Es la niña que desafía todos los diagnósticos y que muestra que el ser humano es mil veces más impredecible de lo que en realidad pensamos. Incluso lo que la ciencia con todo su conocimiento y toda su autoridad llega a prever o a anunciar. Al final, cada ser humano es único, tiene su potencial, su propio destino.